

VIDA Y OBRA DEL POETA GIENNENSE DE LOS FLOREOS, DON LORENZO DE LLAUDER Y DE BONILLA, QUINTO MARQUÉS DEL VALLE DE RIBAS

Por Enrique Toral Fernández de Peñaranda

LA inclusión de Llauder, como poeta de la transición entre fines del siglo XIX, y la primera mitad del XX, entre la nómina de los poetas de su época, constituye un acto de justicia, pues por la singularidad de su persona y de su obra merece sobradamente este recuerdo.

De estirpe catalana por su varonía y giennense por el lado materno, nació nuestro poeta el día 2 de noviembre de 1873 en la casa número seis de la calle Salido, y dos días pasados, fue bautizado en la parroquial de San Bartolomé por el sacerdote, doctor don Manuel Romero Árbol que le impuso los nombres de Lorenzo, Luis, José María de la Cinta, Buenaventura y Eustaquio de todos los Santos.

Eran sus padres, don José María de Llauder, Capitán de Caballería retirado y empleado de la Diputación Provincial, natural de Barcelona y doña Trinidad de Bonilla que lo era de Jaén.

Abuelos paternos, el Excmo. señor don Manuel de Llauder, Teniente General de los Ejércitos, Virrey de Navarra, Capitán General de Madrid y Ministro de la Guerra y doña Buenaventura de Bransí, naturales de Mataró y Barcelona.

Abuelos maternos, don Lorenzo de Bonilla y Sanz y doña Catalina del Alcázar y Ximénez de la Torre, que fue su madrina, naturales de Jaén. Don Lorenzo había sido Guardia de Corps y, posteriormente, tesorero de policía.

Al nacer Lorenzo, sólo vivían sus dos abuelas.

El matrimonio Llauder-Bonilla tenía cuatro hijos varones y tres hembras, José María, que era el primogénito, Fernando, Manuel y Lorenzo. Sus hermanas eran Trinidad, Catalina y Pilar.

Destaca en esta sucinta genealogía la figura de su abuelo paterno. De legendario valor, participó como cadete en la defensa de Gerona, y obtuvo todos sus ascensos hasta brigadier por méritos de guerra, señaladamente la victoria que tuvo frente a dos divisiones francesas en el Valle de Ribas, denominación posterior del título nobiliario que ostentara. Sirvió fielmente a Fernando VII y con no menos fidelidad a su viuda la reina Gobernadora, a la que fue el primero en inclinarla al sistema constitucional. Dejó escrita y publicada una curiosísima relación de su vida, documento de capital importancia para el estudio de la guerra de la Independencia y de los tiempos de Fernando VII y de la primera guerra civil, a la que solo iguala en interés las memorias del Teniente General Copons de la Manresana.

Tuvo Llauder el honor —que hoy no compartimos— de ser el primer General español que, arrodillándose, besó la mano de Fernando VII al pasar éste la frontera.

Los Bonilla, su estirpe materna, pertenecían al estado noble, habiendo desempeñado varias veces la Alcaldía de la Hermandad por ese estado; pero a la par fueron hombres de letras; abogados de los Reales Consejos y Escribanos públicos del número en Jaén durante varias generaciones.

Lorenzo de Llauder, como hombre de su tiempo, aunque estimaba y tenía en mucho su ascendencia nobiliaria, creía y profesaba que el hombre es fruto de sus obras y que tan sólo por su valía personal sería juzgado.

Y Lorenzo, siempre se sintió giennense y como tal amó apasionadamente a su tierra y en ella quiso reposar para siempre.

Fue su infancia la correspondiente a una familia que vivía desahogadamente, aunque no con riqueza. Su padre destinado un tiempo en Jaén como militar, al enamorarse de Trinidad de Bonilla, decidió pedir el retiro y quedarse aquí a vivir.

Lorenzo, estudió el bachillerato en el Instituto donde fue condiscípulo, entre otros, de Manolito Ruiz Córdoba y de Antonio Flores de Lemus. Desde muy niño se aficionó a los toros y al billar, y empezó a leer en la parba biblioteca familiar libros de poesía y algunos de historia, y alcanzados algunos años, hizo incluso sus pinitos como actor aficionado, en representaciones teatrales con fines benéficos.

Como recuerdo de estos tiempos escribió algunos relatos, llenos de gracia y sentimiento.

Y en Jaén se enamoró, tuvo una única novia, con el tiempo su mujer y compañera, Carmen Carrasco y Cobo, era hija de don Cándido, con el tiempo Alcalde de Jaén y Presidente de la Diputación Provincial, y de doña Rafaela Cobo y Martínez Molina, sobrina carnal del famoso doctor en Medicina, don Rafael Martínez Molina, apodado «La Perla de San Carlos».

Pero este noviazgo, no llegó a matrimonio hasta muchos años más tarde, porque fallecido don Hermenegildo de Llauder, hermano mayor de don José María, sin sucesión le correspondió el título y los bienes a éste, y toda la familia se trasladó a Barcelona, donde muriera a poco don José María, y allí quedaron la viuda, y su hijo Fernando ya Marqués del Valle de Ribas, ya que años antes había abrazado el estado sacerdotal su hermano mayor don José María.

Era el mes de mayo de 1894. Llauder, olvidando por un momento su afición al billar y a otros juegos, se sintió, por primera vez que sepamos, poeta y sentenciosamente le dedicó estas quintillas, quizá un tanto impropias de su juventud, pero que nos hablan claramente de la impresión que le causara el propósito de su hermano de renunciar a la posición social que le esperaba:

«Bajó un destello del cielo
iluminando tu frente,
y en tu purísimo anhelo
sentiste con gozo ardiente,
de la fe el dulce consuelo.

Los títulos y grandezas
de este mundo despreciastes;
a Dios tu acento elevaste,
y al estudio y las bellezas
de su culto te entregaste.

Él, acogiendo el clamor
de tu corazón rendido,
premió tan tierno fervor
asignándote por ungido
sacerdote del Señor.

Logrando al fin la ventura
por tanto tiempo anhelada,
de llevar contigo, pura,

la sublime investidura
de la Religión sagrada.

¿Qué título más grandioso
que ser de Dios mensajero?
¿Dónde hay blasón más hermoso?
¡Que no hay en el mundo, infiero,
ministerio tan honroso!

Por eso sigue adelante
de amor y virtud radiante:
en el corazón la calma,
la dulzura en el semblante
y la santa fe en el alma.

¡A cumplir con los deberes
que te tiene impuesto el Cielo;
a prodigarles consuelo
a los desdichados seres
que sufren mortal desvelo!

¡A dar ejemplo al que ignora,
y perdonar al que hiera,
y socorrer al que implora;
a bendecir al que muere
y consolar al que llora!

¡Ten siempre presente que
Dios desde el Cielo te ve!
¡Cumple con tu ministerio!
Es harto penos y serio.
¡Síguelo con tierna fe!

¡Nunca tuerzas tu camino;
que ese destello divino
que de los cielos bajó
y tu frente iluminó
alumbrará tu destino!».

Por su parte, Lorenzo se vino a Madrid en espera de una colocación oficial y en la pensión en que vivía contrajo estrechísima amistad con Diego Jiménez Prieto, poeta y autor aplaudido del género chico, y con Camilo Bargiela.

Dejemos en este punto la pluma a nuestro autor: (Cartas a Luis Cerezo).

«Le conocí en Madrid, allá por el año 95, siendo él a la sazón redactor del periódico "*La Época*", y bajo un mismo techo tuvimos nuestro alojamiento en una pensión de la calle de Peligros, juntamente con mi entrañable amigo, Luis del Río Contreras, q.e.p.d., primo suyo, entonces estudiante de Medicina, y con el gran Camilo Bargiela, el literato bohemio que al amparo de un tío suyo, vicario castrense, vino a Madrid, procedente de su Galicia y del que unos veinte años después, como perteneciente al cuerpo consultar no recuerdo en qué punto de África, ya póstumamente, tanto habría de sonar su esclarecido nombre en la polvareda que en cierta encuesta se armó sobre la paternidad de "*La casa de la Troya*".

Fui, en efecto, íntimo, fraternal amigo de Jiménez Prieto y tentado e sido en más de una ocasión de ofrendar a su memoria en algún articulejo particularidades de su vida, cuyo intento pudiera ser que algún día me diera por realizarlo, conoedor como el que más de la agilidad de su talento y de la bondad de su corazón. A la entonces Corte de España, vino de Sevilla donde residían sus padres y en cuya Universidad cursó, no sé si llegó a terminarlos, sus estudios de derecho; creo que sí, más como apenas adolescente, su inclinación intelectual le llevaba al campo de las letras, en la ciudad hispalense ejerció sus primeras armas en el periodismo y como comediógrafo obteniendo muy lisonjeros éxitos, algunas de cuyas obras escénicas las refundió en Madrid a instancias de sus íntimos, aunque con distintos títulos, siendo bien acogidas aquí como allí. Su primer triunfo madrileño, lo obtuvo con el monólogo *Loreto*, escrito expresamente para Loreto Prado, haciéndose centenario en los carteles del Romea. Sus obras *La torre de Babel*, *Los Coraceros* y *La Preciosilla*, le abrieron las puertas de los teatros más en boga, en su género, en aquel tiempo y así vino la consagración de su nombre con la colaboración de otros autores, citándose como sus más resonantes éxitos el de *La corrida de toros* y *El mozo Crúo*, este por sus popularísimos cantares políticos y poniéndole, en fin, al nivel de los comediógrafos festivos más renombrados con el triunfo definitivo de *El arte de ser bonita*, que extendidas sus representaciones por los coliseos de muchas ciudades, tanto dinero le produjeron. ¡Ay!, pero también lo que contribuyó con la embriaguez del dinero y de la fama logrados, a destrozar su organismo, que tan prematuramente había de conducirlo a donde —más de una vez me lo decía, al sentirse herido de muerte— deseaba el fin de sus días; a su Arjona, al pueblo que le vio nacer y en que deseaba morir, como así fue, rodeado de los suyos. ¡Y en plena juventud! Yo lo lloré cuando lo supe a muchas leguas de los suyos. Sí, lo lloré como a un buen hermano. Nos queríamos, ya lo he dicho, muchísimo.

En Jaén, donde residieron sus padres algunos años sólo pasaba cortas temporadas, generalmente los de su asueto veraniego, coincidiendo por cierto, unas de sus breves estadas con la organización de la memorable función de "El Liceo" en el antiguo teatro, hoy Darymela (no sé si se escribe así) verificada con ocasión de la suscripción nacional cuando nuestra guerra con los Estados Unidos, colaborando Jiménez Prieto directivamente en dicha organización».

«..., le citaré y a su discreción le dejo, una muestra de las que más recuerdo del cariño con que nos tratábamos a propósito de cierta ingerencia mía en determinada escena de la comedia que a sazón pergeñaba, en pago de lo cual, días después de estrenada la obrita con lisonjero éxito, apenas cobró las primeras pesetas de sus representaciones, que quise que no, me hizo regalo de un billete de cien pesetas, (los derechos de autor supe después que los había cedido en muy ridícula suma en relación con lo que la comedia dio con más de tres meses en el cartel) expresándole yo mi gratitud en una cena que media docena de amigos le dimos en un modesto restaurante, en unas estrofillas, como mías, malejas, que quiero recordar las terminaba así:

“...Yo, que nada merecí
por lo que te sugerí,
sabedor de mis apuros
me regalas ¡veinte duros!
rasgo tan digno de ti.

Con esta acción has querido
pagar aquel ‘añadido’.
Con mi gratitud te cobras
siendo esta de entre tus obras
la que yo más he aplaudido”».

No quiso, Llauder, dar en estas cartas su opinión sobre la controvertida paternidad de «La Casa de la Toya» publicada con enorme éxito por Alejandro Pérez Lugín, y atribuida a Bargiela por mucha gente, porque conocía y respetaba la sentencia que en causa penal dictara la Audiencia Provincial de Pontevedra, pero en la intimidad nos decía que él, en aquella pensión había oído leer a Bargiela algún que otro capítulo de esta obra, que pudiera ser que en borrador hubiera llegado a manos de Pérez Lugín y que les diera forma definitiva y los publicase, siendo en este caso verdaderamente obra suya y no de Bargiela.

En estos años, además de ser asiduo concurrente a los teatros del «género chico» asistía al palco que en el Teatro Real tenía su primo hermano,

don Lorenzo Rodríguez de Gálvez y de Bonilla, Marqués consorte de Mondéjar, Conde del Villardompardo, Grande de España, al que se incorporaron, años después, los hermanos Enrique, Juan y José Toral y Sagrista a su vuelta de Filipinas, primos muy queridos del titular del palco.

Terminó su estancia un tanto bohemia en Madrid, al obtener un destino en el Ministerio de Hacienda con residencia —tras un breve paréntesis de Barcelona— en Sevilla, ciudad que con Jaén compartió todos sus amores, siempre en correspondencia postal con su novia en Jaén y con su hermano José María, y con sus primas hermanas Carmela Rodríguez de Gálvez, mujer de Serafín de Torres, y María de Bonilla y de Bonilla, mujer de Rafael Sagrista Aguirre, abuelos maternos de nuestro inolvidable Rafael Ortega Sagrista.

Los tristes acontecimientos de la semana trágica de Barcelona le inspiraron un «Lazo de amor» que con la rotulación de «Muy del momento», leyó en julio de 1908 en una velada literaria catalano-andaluza:

¡Mi Andalucía! Tierra amorosa
 donde he nacido.
 Cuna adorada. ¡La de mi madre!
 ¡Mi Cataluña! Región hermosa
 donde he vivido.
 Tierra bendita ¡La de mi padre!
 Gala y encanto del Mediodía,
 edén de flores,
 patria del Arte, vergel risueño.
 Tú eres venero de poesía,
 nido de amores.

Comarca espléndida, mansión dichosa,
 hondo acicate
 para el progreso que en ella entraña,
 es Cataluña perla valiosa
 digno remate
 de la Corona Real de España.

Como las otras demás Regiones,
 sois nobles, leales.
 Las dos sois ricas de ejecutoria.
 Las dos fecundas en tradiciones.
 Las dos iguales.
 Sois, en fin, dignas de vuestra historia.

Todas conjuntas por santo lazo,
 fuerte, intangible,
 formáis mi Patria, Única, sola.
 La que nos une en materno abrazo.
 ¡La indivisible!
 ¡La Soberana Patria Española!

Después de este poema, escrito en Sevilla, no conocemos más poesía de Llauder que la publicada en «El Liberal» del 26 de enero de 1913. Se trata de una epístola dirigida a un compañero de la Delegación de Hacienda, ciertamente curiosa por reflejar el ambiente de una oficina pública de entonces: Aunque es un poco larga la copiamos íntegra:

«Fiel ambiente burocrático: A mi amigo Fabio, poeta y Oficial de Hacienda:

En testimonio sincero
 de admiración y amistad,
 en mis ripios dejar quiero
 toda mi cordialidad
 para el poeta coplero.
 ¡Caro amigo! ¿Quién diría
 al verte en un Negociado
 trabajando todo el día
 que es un enamorado
 del Arte de la Poesía?
 ¡Qué caso tan incongruente
 el que en ti se viene a dar!
 ¡Las células de tu mente
 teniendo que funcionar
 ante un prosaico expediente!
 Tú que en tu plectro atesoras
 notas arrebatadoras
 para tus composiciones.
 ¡Cómo te pasas las horas
 sumando pares y nones!
 Tú en cuyas rimas se admira
 la facilidad que encanta
 y que pone en tu lira
 el acento que suspira
 y el alarido que espanta.

Tú, que cantas duro o tierno,
lo terrenal y lo eterno,
lo constante y transitorio,
la Vida y el Purgatorio,
el Paraíso, el infierno,

No es cosa rara y grotesca
que prestes tu musa fresca
y des tu sal fina y ática
a la tarea antipática
de la vida oficinesca?

¿No es una contradicción
que quien maneja el laúd
—igual que el acordeón—
se deje hasta la salud
en una Delegación?

¿Y que tu edad, aun lozana,
te la pases como una rana
luchando días y días,
siendo así que estar podías
como te dicra la gana,
echando a la mar pelillos
no en un rincón, hecho un taco,
sin petaca ni pitillos,
arrebañando el tabaco
del forro de tus bolsillos?

Nadie a comprender acierta
de la suerte tal sarcasmo,
¡y que estés tras esa puerta
con la ventanilla abierta,
expuesto a coger un pasmo!

¡Oh, contratiempos crueles
de la fortuna funesta,
impregnándote en las hieles
de la suma y de la resta!

¿Qué caso circunstancial
o qué extraños laberintos
te obligaron por tu mal
a ser, oh Fabio, oficial
de la vil clase de quintos?

¿Cómo te las compusistes
para venir con tu arte
a donde el arte no existe,
y di porqué no te fuiste
con la música a otra parte?

¿Que aquí ves una carrera
y el porvenir te contrista?
¡Ay! Mucho más te valiera
ser otra cosa cualquiera,
aunque fuera cupletista.

Porque en la Delegación,
¿Qué es lo que espera? Luchar
con tu propia condición
y sufrir y trabajar
con dura resignación.

Y aun gentes maldicientes
que nos llaman —¡imprudentes!
¡Parásitos del Estado!

¡Lo que es el mundo malvado,
y lo que son estas gentes!

Esa canalla egoísta
que así muestra su cinismo
contra el pobre oficinista
que venga y verá á un artista
rompiéndose aquí el bautismo.

No hay más; sigamos la suerte
con su raudito torbellino;
«aviva el seso y advierte
cómo se acerca la muerte»
luchando con el destino!

Y pues esta suerte te ata
a esta profesión ingrata
a que te trajo la vida,
deja la lira enseguida
y no nos des más la lata.

Cumple aquí con tus deberes
sujeta con fuerte rienda
las musas, y no te alteres
y acuérdate en fin, de que eres
oficial quinto de Hacienda».

Y oficial quinto era Llauder por esas fechas, y esta poesía viene a ser un trasunto de su vivir en esos años. Pero no creamos que su vida terminaba en la Delegación y en el cultivo de la poesía. Llamaban primordialmente su atención, como siempre los toros y los toreros y el vivir de las gentes del toreo, mozos de espadas, novilleros, subalternos, en fin, todo ese complicado mundo al que dedicó un periódico que fundara bajo el título de «*Sin pluma y cacareando*».

Y llegó 1919, y con él la muerte de sus suegros futuros, y con ello la libertad para Carmen Carrasco que había dedicado a cuidarlos y atenderlos lo mejor de su vida. Así es que decidieron casarse, pidiendo protocolariamente la mano de la novia el doctor en Medicina don Gabriel de Bonilla y de Bonilla y doña Carmela Rodríguez de Gálvez y de Bonilla. Fijó el nuevo matrimonio, aunque por poco tiempo, su residencia en Jaén y acabaron en Madrid; Llauder en la Delegación de Hacienda ya como jefe de negociado, empezando así una nueva y decisiva etapa de su vida.

LLAUDER EN MADRID; LOS AÑOS DE LA DICTADURA Y EL ADVENIMIENTO DE LA REPÚBLICA

Los primeros años de la estancia de Llauder en Madrid fueron tranquilos. Asistía regularmente a la Delegación de Hacienda donde era funcionario ejemplar en el cumplimiento de su destino. Con su flamante automóvil realizaban muchas excursiones, veraneando en una de las celdas del convento franciscano de La Cabrera, que años más tarde restaurara y convirtiera en edén el doctor don Carlos Jiménez Díaz; escribía sus floreos, y no faltaba a una corrida de toros. Muerto Joselito, su ídolo era Belmonte; tenía verdadera amistad con la familia del célebre torero Mazantini, que de matador de toros, pasó por sus méritos a ser gobernador civil de Guadalajara, y que dejara su estoque de honor en herencia a Juanita, hija única del giennense don Millán Millán de Priego, director General de Seguridad y autor de célebres bandos, y de una singular disposición que no se cumplió, de que en los cines se colocaran separados las chicas de los chicos.

Iba Llauder regularmente a la tertulia que en el Lyon Dor de la Calle de Alcalá 18 tenían un grupo de Generales, Goded, Riquelme, Toral, etc., etc., y algunas veces antes de retirarse a su casa subía a la Notaría de su primo José Toral a compartir el aperitivo de jerez batido con huevo.

La Dictadura le causó gran preocupación, porque veía en peligro la monarquía de Alfonso XIII y como en la intimidad decía siempre «Bor-

bones, signo de ingratitud» era más monárquico de la institución que de Alfonso XIII.

La colocación —intercalándolos en el escalafón de jefes del Ejército en la Administración— le supuso una paralización en su carrera administrativa, que soportó con su habitual elegancia, y así llegaron dos acontecimientos tristes para él, la proclamación de la República y la muerte en plena madurez de su hermano mayor José María. Al morir éste, estaba enfermo en cama con neumonía, siendo sentidísima la carta de pésame que recibió de su primo Mondéjar que guardaba como oro en paño. Invitado por éste a pasar la convalecencia en su residencia malagueña que era un verdadero paraíso, allí escribió su poema que nunca publicó, «El pajarito del Tomillar», cuento infantil recitable que dedicó a su sobrina «Manoli» en agradecimiento a la asistencia que en esa finca recibió hasta el restablecimiento de su salud. Trata en síntesis de un primoroso canario que en un descuido salió de su dorada jaula y se fue... pero que volvió.

Es un cuento ingenuo, versificado en quintillas que merecería ser publicado por su frescura e ingenuidad, pues está en nombre de la chiquilla dueña del pajarito. Y llegó la guerra con sus secuelas de barbarie por ambos bandos. En Barcelona fue asesinado Fernando de Llauder, por el solo delito de ser Marqués y católico; en Madrid, Modéjar para salvar su vida abandonó su palacio y se refugió en casa de su primo Llauder y allí murió en plena guerra civil. En esa casa, como en todas, reinaba el hambre; hambre física y moral, y en este ambiente hostil compuso Llauder la única de sus composiciones que mandó a la imprenta: su «Cabalgata de los Reyes Magos». Éstos disfrazados de artesanos, visitaban las casas de los niños, pero como no podían llevar juguetes ni caramelos, sólo dejaban algunos lápices de colores y alguna que otra cuartilla. Se imprimió en Madrid en 1942 con prólogo de don José María de Ortega Morejón, por Escelicer, en un cuaderno de 19 páginas con graciosos dibujos en tinta encarnada. Aunque el autor le puso el precio de cuatro pesetas, lo cierto es que regaló toda la edición de quinientos ejemplares en papel cuché.

Hora es ya de decir algo de la casa. Estaba —pues ya ha sido derribada— en el número 54 de la calle de Velázquez. Era un edificio más bien modesto, con cuatro balcones a la calle, de los que correspondían dos a cada cuarto. El de los Llauder estaba en el segundo piso. Como todas las casas de Madrid de su época, daban a la calle dos salitas con sus alcobas, y el resto a lo largo de un pasillo concluía en una amplia habitación, comedor y despacho donde Llauder recibía a sus visitas y que adornaban algunos platos en las pa-

redes y una librería volada, continente de su reducida pero excelente biblioteca, en que abundaban los libros sobre Jaén —algunos rarísimos como los artículos sobre su historia de Lanzas—, y los de poesía ocupando distinguido lugar los hermanos Machado a los que su dueño tenía en muchas estima, más a Manuel que a Antonio, quizá porque este había sido su amigo y tertulio.

Único lujo de la mansión eran los dos magníficos retratos al óleo de los primeros Marqueses del Valle de Ribas, pintados por José de Madrazo, el pintor de la Corte de Fernando VII, que a la muerte de su hermano Fernando, ya terminada la guerra, le enviaron como nuevo Marqués desde Barcelona.

En este sencillo hogar refugióse Llauder a partir de su jubilación al cumplir 70 años, el día 2 de noviembre de 1943, cuando ya era Jefe de Administración Civil. La jubilación supuso un duro golpe para su economía, como en general pasaba y pasa a todos los funcionarios públicos. Pensó por ello volver a Jaén, y en Jaén pasó algún tiempo en casa de su sobrina Isabel Sagrista de Bonilla, esperando vanamente que se le adjudicase algún piso de protección oficial, y al no conseguirlo volvió a Madrid, a su casa y a sus tertulias, pues asistía regularmente a la taurina de K-Hito y El Camisero y a la de Jaén, que presidía por entonces el Teniente General Aguilera, y con el tiempo a una literaria que en «El Gato Negro» tenía aquel gran erudito y mejor caballero que se llamó Ángel González Palencia, de la que eran miembros de pleno derecho, Ángel Cruz Rueda, Juan Antonio Tamayo Rubio, docto Catedrático de Literatura del Instituto de San Isidro, y que en los años veintitantos lo fuera del de Jaén, del novelista Zunzunegui, del archivero Esteban Sancho Sala y, en ultimísimo lugar, el que estas líneas escribe.

Prolongación de estas tertulias eran las reuniones en su propia casa. Se puede decir que todo el Jaén de esa época pasaba por ella. ¿algunos nombres? Ramón Espantaleón Molina, Ángel Cruz Rueda, Vicente Montuno, José de la Vega Gutiérrez, Antonio Alcalá Venceslada... y todo aquel que viniendo a realizar alguna gestión, acudía a solicitar su ayuda, bien convencidos de que el anfitrión revolvería Roma con Santiago para ayudarles.

No estará de más referir aquí una anécdota.

En cierta ocasión le recomendaron un recurso de casación penal, Llauder que nunca recomendaba asuntos judiciales, en este caso y al tratarse de una petición de benevolencia, no dudó en llamar por teléfono al Presidente de la Sala 2.^a del Tribunal Superior, cuyo nombre no hace al caso. «¿De parte de quién, inquirió la sirvienta? De Lorenzo Llauder.—Lo siento: el señor no puede ponerse. Dejó Llauder pasar unos minutos y volvió a llamar: ¿De parte

de quién? Del Señor Marqués del Valle de Ribas, y al segundo se oyó la voz de aquel señor: Señor Marqués, a su disposición» y decía Llauder muy convencido y sarcástico. ¡Dejaré de ser Lorenzo Llauder!

Singular relieve tenían los almuerzos dominicales a los que eran asiduos comensales, Rafael Ortega Sagrista, ya destinado en Madrid, Enrique Toral Peñaranda y don Antonio Almendros Camps, amén del giennense de paso en Madrid.

Don Antonio Almendros era un ochentón, pulcro viejecito de exigua estatura y algo rechoncho, blanquísimo pelo y enormes ojos de intenso azul, que nos refería detalle de las vidas de su padre y hermanos. Era poeta, como ellos, y guardo algunos excelente sonetos.

Vivía en un asilo y vestía traje raído que había sido de buen corte. Comía con apetito y, al marcharse, la dueña del piso y alma de aquellas reuniones le daba con la mayor discreción un paquete con un bocadillo para la cena.

Como faltara algún domingo, sin avisar, Llauder le envió una misiva a la que pertenecen estos versos.

«Querido Antonio: he de hacerte
constar, si lo has olvidado,
que estimo demasiado
tanto tiempo ya sin verte.

¿Qué es lo que te pasa, Antonio,
para que a vernos no vengas
y tal olvidado tengas
a este santo matrimonio.

No nos tengas en tu olvido
y haz porque te vea el «morro»;
mira que si no te borro
como amigo preferido».

En estos almuerzos servía la mesa por voto de pobreza Pepe Escalante, descendiente de grandes linajes de Jaén, vestido siempre con hábito, y que nos ponía los dientes largos, contándonos cosas familiares de nuestros antepasados comunes, y nos aseguraba que tenía en su casa un gran baúl

lleno de documentos. A su fallecimiento, sus hermanas nos negaron tal existencia.

Recuerdo especialmente el cocido en homenaje a don Antonio Alcalá Venceslada, que había venido aquí a reconocimientos médicos y expresado su deseo de yantar un buen cocido, y se le sirvió cumplido y pasamos grandísimo rato oyendo sus ocurrencias y escuchando el recitado de sus festivos versos.

Como era hombre muy perezoso para escribir, no contestó a varias cartas de Llauder por lo que éste, preocupado por su salud, trató de inquirir por amigos comunes en Jaén qué le ocurría.

¿Que le ocurría? Nada y mucho. Al final cantó la palinodia y aquí está su saladísima carta disculpatoria:

«17 de Enero de 1951.—Señor D. Lorenzo de Llauder, Marqués del Valle de Rivas (sic).

Mi muy querido amigo: ¿Puedo apelar al "Pega pero escucha" del antiguo general vencido ante su vencedor? Pienso que sí, aunque he de echar por delante mi pesaroso *confiteor*; pues las razones que aquí le daré ahora, más son para contarle mi vida desde el siete de diciembre último que para disculpar mi conducta. Perdón, pues.

Esa fecha que aquí doy es la del día anterior a mi regreso de ahí, jornada que me vino tan corta que, a no haber tenido en mi poder el billete del tren hubiese retrasado por un día mi estancia. De los cuatro días que estuve en Madrid, dos puede decirse que me los echó por alto la *respetable* nevada del cuatro por la noche; pues no obstante no haber pasado de danzar de aquí para allá, la falta de tranvías y taxis hizo que mis múltiples gestiones en diversos centros se redujeran muchísimo. Intenté hablar por teléfono con Vds. y no lo conseguí y el jueves siete que tenía proyecto de visitarles, fui desde casa de Angelito [Cruz Rueda] a la "Editorial Tecnos", en la calle de Valverde a entregar a dos compañeros míos unos documentos importantes. Salí de allá a las siete, hora de la Sesión de la Española, a donde no había ido y tenía que ir y, gracias al milagroso hallazgo de mi taxi, pude llegar a tiempo. Total; que me fue materialmente imposible cumplir mi deseo, porque, para mayor contrariedad, a las nueve que terminé, tenía citados a tres amigos en el Sanatorio, tienda de vinos de la calle de la Cruz. El tren salió a las ocho de la mañana. Hasta aquí mi estancia en Madrid; que después mi falta, por curiosa paradoja tiene menos y más disculpa. Falleció doña Carmen Rodríguez de Gálvez y yo que, con los míos, la apreciaba muy de verdad por sus virtudes y nuestra antigua amistad, debí inmedia-

tamente mostrar a Vds. nuestro sincero pesar, máxime sabiendo lo que para Vds. era. Con un telegrama hubiera cumplido ¿verdad? Llegaron los días navideños tan propios para renovar afectos, llegó el nuevo año, tiempo también de felicitaciones. Un telegrama, una carta, una postal, una tarjeta de visita y al otro lado de la calle; pero ni por esas.

¿Quiere Vd. que le cuente un sucedido a un marmolejeño? Allá va. Tenía éste en una casa rica de Arjona colocada como ama de llaves una hermana suya y como llevaba mucho tiempo sin verla decidióse a ello un buen día, llegó, fue muy bien recibido y el que había de estar allí uno o dos días, permaneció diez porque, hombre vergonzudo y extremadamente, remiso, no sabía cómo despedirse de los amos de su hermana. Alguna relación tiene con esto mi caso en este caso y es que no les he teleografiado ni escrito porque a mis queridos amigos no quería yo servirlos con unas letras que nada dicen sino con una carta de las que se escriben a satisfacción a los deudos o amigos de verdad. Y dirán Vds.: ¿"Y porqué no la escribistes"? Y contesto yo, aunque Vds se rían de mí "Por falta material de tiempo". Allá va el descarte. Mi viaje a Madrid fue tan rápido porque tengo en el Instituto seis cursos a mi cargo y este año sin auxiliar y tengo además que servir el Archivo de Hacienda y la Biblioteca Pública.

El impresor del Vocabulario, que parece está dispuesto a terminarlo me envía de continuo pruebas. Van tiradas 32 capillas que hacen 512 págs. en 4.º mayor y en letra muy apretada y creo que llegaremos a las 650 págs., y claro, como la corrección ha de ser muy detenida, esto me lleva mucho tiempo. Pero es que en estos días entre mi regreso y hoy he faltado de aquí bastante tiempo, pues el 22 marchamos todos a Belalcázar, pueblo donde reside mi hija mayor con su esposo y seis hijos, a pasar las Navidades. Allí, en tales días, con partidas de caza, jiras y demás zarandajas, imposible escribir *como yo quería*. Pensábamos estar allá hasta el 8 último pero yo tuve que irme el 2 a Sevilla de donde regresé el mismo día de Reyes para ir a Arjona a la muerte de un sobrino carnal de Isabel, muchacho de diez y ocho años. ¡Una verdadera pena! De todo corazón celebro el buen resultado de la intervención del sabio Barraquer y de todo corazón le agradezco la busca y captura del folleto de Carmona. Va Vd. a dar lugar a que me crea indigno del cariño de Vd. con tanto como me mima. ¡Dios se lo pague!

A la Marquesa y a Vd. lo afectos de los de esta casa. Perdona Vd. a este amigo que tanto le quiere y que le envía un abrazo "chillado".

Y este amigo «Chillado» para acabar de sacarse la espina, al llegar San Lorenzo, en una tarjeta postal con la Virgen de la Cabeza en colorines le hizo este

«Envío:

Por fin de mi desidia me avergüenzo
 y la domo y la venzo—
 ¡Ya es domar y vencer!—
 Para felicitar por San Lorenzo
 a Lorenzo Llauder;
 al que, en unión de Carmen, de su esposa,
 tan discreta y virtuosa
 y a quien beso los pies,
 deseo larga vida venturosa
 y después....
 ¡¡¡Muy después!!!».

Otro dilecto amigo; don Ángel Cruz Rueda le escribía en 16 de agosto de 1946 desde la Casería «El Retiro»:

«...Sí, señor, fue y es mi día el 2 del corriente; más Nuestra Sra. de los Ángeles no es —naturalmente— “escandalosa” como otros Santos, dicho sea sin irreverencia, y, por lo tanto, sólo lo recuerdan contados parientes y amigos. Pero hubo sus cartas, telegramas y tarjetas; muy agradecidos —la de Vds. en primer término— y aquí en esta casería, su “jaleo prove” desde las 9 de la mañana a las 11 de la noche, con su arroz, su gazpacho, su pipirrana, su ponche —que ahora se escribe de otra manera y se pronuncia de otra— y demás cosas confortativas y bebestibles, amén de baile en la lonja, bajo el parral cuajado de racimos; baile en que, según confesé modestamente a don Andrés, “no lo hice mal del todo” y acaso mejor que el Cronista, quien vino por la tarde con Salvador Vicente.

El día anterior habíamos pasado la tarde —los hijos citados, todo el día— en la Quinta de la Concepción, en el Jardín del Obispo, con las Sras. e hijos de Esteban. Nos obsequiaron con merienda principesca y hubo muchas honestas distracciones. Entrada la noche regresamos un pie tras otro al camino del Pago de Valdecañas, donde continuaremos residiendo...

Nosotros, repito, no paseamos tanto, e vimos “estampas” de Revistas antiguas, leímos “Episodios Nacionales”, periódicos del día y escribimos a contados amigos —de los “guenos” nada más —de Literatura, nada más que un articulillo, puesto que el publicado por “El Español” el 20 de julio contaba dos años de inédito... La temperatura fue asfixiante en Jaén, calmosa en el campo y grata en estas reformadas habitaciones bajas...».

En estos años cuarenta cultivó Llauder los sonetos, y escribió alguno primoroso como el que se dedicó a sí mismo;

FUI UN CASTIZO

«Yo fui en mi juventud, ya harto lejana,
no mal mozo, según alguien pregona,
y en ardides de amor di a mi persona
el rango de una alcurnia cortesana.

Cortejé, desde la ínfima aldeana,
a la más linajuda señorona,
y una y otras, frustada mi intentona,
me pusieron más rojo que la grana.

Un tiempo viví en grande entre los grandes,
y estuve a punto de emigrar a Flandes
por algo que causóme un tabardillo.

Incólume escapé de toda empresa,
y hoy, en mi ancianidad, sólo me pesa
verme Marqués... Y exhausto mi bolsillo».

(Este soneto, escrito «A contrapelo con el Enrique López Alarcón, titulado "Soy español"»).

Don José de la Vega Gutiérrez, otro ingenio olvidado, al conocerlo, le contestó:

«Hidalgo y gran señor de cuerpo entero;
de ingenio agudo y de decir pausado...
El blasón de Marqués se siente honrado
con su porte gentil de caballero.

Igual dice un donaire jaranero
que traza un lindo verso bien rimado,
ya que, verso y donaire, en el pasado
fueron su escudo audaz de mosquetero...

Cuentan algunos, que otros años fuera
como Don Juan, gallardo y calavera...
Más la leyenda de perfume humano,
dejó un reguero de melancolía,
una figura toda gallardía,
y un corazón sencillo, de cristiano».

Y esto último era cierto; por encima de todo, era Llauder profundamente cristiano, tanto que nos solía recitar, con su voz pausada un soneto que don José de Carvajal y Hué, Ministro de Estado en la Primera República española, compuso en sus últimos años:

«Quiero morir tranquila la conciencia,
de no haber hecho daño voluntario,
con lágrimas, bruyendo el relicario,
del alma en el altar de mi creencia.

Labran sufrir y amar, mística esencia,
que redime la culpa, en el calvario.
Yo pequé, más sufrí signo contrario,
y amé a Dios, a mi Patria, y a la Ciencia.

Quiero morir, en brazos de mi hijo,
siendo mi sepultura en el sendero,
de la fe, y del honor, su rumbo fijo.

Quiero morir, cristiano y caballero.
Quiero morir, besando un crucifijo,
y sé que no es morir, esto que quiero».

Y así murió don Lorenzo de Llauder y de Bonilla, Marqués del Valle de Ribas, en cortísima enfermedad, en plenitud de todas sus facultades físicas y mentales, el día 2 de junio de 1955. Cumpliendo sus deseos, sus sobrinos Rafael Ortega Sagrista y Enrique Toral Peñaranda dispusieron su traslado a Jaén, y allí reposa en el panteón de sus sobrinos Bago Bonilla con su esposa fallecida pocos años después.

Llauder era alto, delgado, apuesto; le sentaba de maravilla el solemne frac de las grandes ocasiones. Sólo tenía un pequeño defecto en un ojo, vizqueaba algo, pero esto incluso le daba gracia a su semblante.

Estas cualidades físicas se correspondían con las morales. Era un hombre esencialmente bueno y un perfecto caballero, que soportó en sus últimos años, todo género de ingratitudes y de inquietudes económicas con el mayor estoicismo y su fe puesta en Dios.

LLAUDER, POETA DE LOS «FLOREOS»

Era Llauder, profundo conocedor del mundo de la poesía, y de sus limitaciones para los cantos ampulosos, siendo, por lo general, discretos todos sus versos y algunos muy sentidos. Tanto lo sabía que en el homenaje

que se rindió al pintor José Pablo García de Zúñiga en la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, en 8 de marzo de 1946, por iniciativa de Cecilio Barberán, le decía:

«Don Pablo, como sincero
admirador, yo me inclino
a su pincel peregrino
y ante el noble caballero.

Aceptar mi parabién
como el que igualmente os damos
cuantos en Madrid formamos
la Tertulia de Jaén.

Y en grave falta caería
si a la figura preclara
de Cruz Rueda no expresara
gracias por su cortesía,
cuando me ha calificado
de bardo en un piropillo.
Lámeme usted *copletillo*
y no voy mal despachado.

Y llegué a la conclusión
de estas solfas indiscretas
escritas sin ton ni son.
Ahora, que hablen los poetas
y dadme vuestro perdón».

Y a este «copletillo» y sus «Coplas» estimaba mucho, crítico tan exigente como era Juan Antonio Tamayo.

* * *

Llauder escribió «Floreos» desde los años veinte, dedicados casi siempre a alguna bella muchacha. De entre los que conservo, el más antiguo es éste:

A MARUJA DE LOS RÍOS
(Tú eres así)

«Porque lo quiso el Creador
como supremo hacedor,
tú naciste para ser,
Marujita, una mujer
superior.

Él dio a tu cara rubores,
abrió los claveles rojos
de tus labios seductores
y encendió bellos candores
en tus ojos.

Y al ver la divina hechura
de tu ideal hermosura,
dijo Dios: —“como obra mía,
¡mirad esa tontería
de criatura”!

Los que corazón tenéis
y en los ángeles creéis,
¿no veis que lindo semblante
ese que tenéis delante?
¿No lo veis?

¿No veis la luz que destella
su mirada casta y bella
de su ternura regalo,
tan cándida como el halo
de una estrella?

¿No veis cómo, pudorosas,
se ensortijan caprichosos,
sobre su frente de cielo,
esos ricitos sedosos
de su pelo?

Y en su boca virginal
que es de rosas un rosal,
¿no veis cómo se dibuja
la sonrisa angelical
de Maruja?

Con ser su belleza tanta,
¿no os admira, no os conmueve
su primorosa garganta
de rosa, azucena y nieve?
¿No os encanta?

Yo, que ante nada me humillo,
al verte me maravillo,

pues no sé si eres criatura,
o tal vez una pintura
de Murillo.

Pero, ¿qué digo? No tal
Ni criatura terrenal
ni del pincel magno hechizo.
Tú eres como Dios te hizo:
¡celestial!

(Diciembre, 1929).

Floreo pueden considerarse los versos que dedicó a Carmen, su novia, en enero de 1897. Empiezan así:

«Ángel de mis ensueños,
luz de mi vida;
atiende de éste poeta
las pobres rimas,
que son como un eco
de los castos amores
que hay en su pecho».

De julio de 1938 es éste dedicado:

A Pilar y Marisa Ponce Bago, mis bellas sobrinas.

«Guapas las dos por demás
sois bendiciones de Dios,
sin que de vosotras dos
sepa cual me gusta más.

Tú, Marisa, eres morena,
y tú, Pilar, trigueñita:
las dos a cuál más bonita
y las dos a cuál más buena.

Como paralelas palmas
sois de esbeltas y flexibles,
e iguales, por lo sensibles,
vuestras candorosas almas.

Niñas y educadas
en las honestas holguras,
no suponíais las torturas
que os estaban reservadas
en esta guerra tremenda

que a todos apesadumbra,
de la que no se vislumbra
el final de la contienda.
Y aunque lo disimuláis,
porque, por vuestras virtudes,
las amargas inquietudes
con paciencia las lleváis,
sé que vuestro pecho encierra
tesoro de inmaculadas
lágrimas, acumuladas
por el dolor de la guerra.
—Lágrimas, que al corazón
dulcemente lo estremecen
y en vuestras almas florecen
como rosas de pasión—.
De las dos, a cuál más buena,
y a cuál también más bonita,
¿Cuál a mí más me enajena?
¿La bellísima morena,
o la gentil trigueñita?
Respuesta, que sin dudar,
dejó aquí en forma concisa.
Me enajena a mi Pilar
y me embelesa Marisa
Y, en fin, las dos a la par».

Otro, más breve, es el incluido en el álbum de Carmencita Inhiesta (julio de 1941).

Tu padre me reservó
esta página, y me invita
para que a su Carmencita
ponga aquí unos versos yo.
Tus encantos juveniles
reclaman por sus candores
acentos de trovadores,
y no de bardos seniles.
Por eso —¡triste de mí!—
¿qué he de decirte aquí hoy,

yo, niña, que ya no soy
ni sombra de lo que fui?
Llevando la pesadez
de una vida sin descanso,
ya es hora que halle un remanso
de paz para mi vejez.
Si tan justa aspiración
logro por fin realizar,
tu imagen la he de llevar,
como ahora, en mi corazón.
Tú, niña, a quien tanto quiero,
no te olvides del coplero
que aquí de su lira rota,
deja la doliente nota,
quizá de un adiós postrero».

Termino con uno de los floreos que dedicó a las enfermeras de la Clínica «Barraquer», de Barcelona, que cuidaron, en 1950, a su mujer en su operación de cataratas.

CASTORA

Castora es una chiquilla
que vale lo menos tres:
tan guapa, honesta y sencilla,
que nada de extraño es
que por esta Castorilla
esté hasta la coronilla
que se las «pirra» un marqués.

P/D (Lo he dicho sin que se ofenda
a nadie, niña gentil.
No vayamos con mi ofrenda
a que por ello me prenda
a mí la Guardia Civil).

* * *

Relación de las obras poéticas de don Lorenzo de Llauder y de Bonilla, con exclusión de sus poesías de circunstancias –no exentas de mérito y de gracia– bautizos, primeras comuniones y bodas.

En una primera clasificación las dividimos en: poemas, poesías varias, sonetos, veladas y celebraciones, siluetas, taurinas, dedicatorias, contestaciones y elogios, y con mención especial sus «Floreos».

POEMAS

La cabalgata de los Reyes Magos.—Citado en el texto y único impreso por su autor.

El Pajarito del Tomillar.—Cuento infantil recitable. 11 cuartillas escritas a máquina a dos espacios, y en manuscrito de gran lujo con acuarelas de varios artistas, escrito a dos tintas en grueso papel.

«*Aquel Pajarillo Mío*». Compara el Pajarillo del Tomillar con el que huyó de su casa causándole gran dolor. Es un poema alegórico, pues se refiere a la ingratitud de una sobrina a la que había criado. Madrid, 1940.

A mi Reina y Señora, Nuestra Señora la Santísima Virgen de la Capilla. Se imprimió muy defectuosamente en Paisaje, junio de 1949. Rafael Ortega lo publicó en versión íntegra.

Uno de tantos diálogos sin transcendencia. Madrid, octubre de 1949. Se trata del diálogo entre él y una huérfana de un funcionario de Hacienda que coincidieron un día en la Mutualidad para cobrar su complemento de pensión.

Estrofillas dedicadas al personal de la Clínica «Barraquer» de Barcelona donde fue operada de cataratas doña Carmen Cobo.

POESÍAS LÍRICAS EN GENERAL

En la profesión religiosa de su hermano mayor, don José María. Año de 1894.

A su novia Carmen, enero de 1897.

Lazo de Amor. Julio de 1908.

Guajiras. Publicada en «Cataluña Ilustrada». Barcelona, 19 de agosto 1910. Mono-Gráfica. Publicada en «El Liberal de Sevilla», 22 de febrero de 1915. La Felicitación. Carta de un padre a su hijo soldado en Melilla 1911. Tres momentos: (publicados en «Paisaje»).

Jacinto Higuera.

Lola Palatín de Higuera.

Lolita Higuera Palatín.

SONETOS

A Enrique Manrique de Lara. Al pie de su pintura en retrato ecuestre. 14 de abril de 1942.

A Luis Muñoz-Cobo (y Arredondo), acusándole recibo de su libro, «Mis Poesías». 23 de febrero de 1946.

A Vicente Montuno Morente. Junio de 1946.

Fui un Castizo. Junio de 1947.

Al poeta don José de la Vega Gutiérrez. Junio 1947.

Vicente Montuno Morente (cantor de la Virgen de la Capilla). 12 de junio de 1947. Publicado en Lux Mundi, en febrero de 1948.

A Montserrat Vall-Llorera. Julio de 1948.

A Trini Serrano de Esteve, mi gentilísima sobrina, 1 de agosto 1948.

A Federico Esteve González, 1 de agosto de 1948.

VELADAS Y CELEBRACIONES

En un almuerzo a Juan de Dios Álvarez, oficial de la División Azul. 21 de mayo de 1942.

Ladrillazos. En un almuerzo de que se me hizo obsequio. 17 de noviembre de 1943.

Con motivo de la velada en la Asociación de Escritores y Artistas Españoles en honor del pintor don José Pablo García de Zúñiga. 8 de marzo de 1946.

Improvisación en el vino de honor ofrecido por la Dirección del Semanario «Dígame» a sus anfitriones portugueses. 14 de abril de 1947. Casa de Jaén.—Después del acto de su inauguración oficial. 21 de junio de 1953.

SILUETAS

Enrique Manrique de Lara. Ficha fotográfica. Mayo 1938.

Manuel Sánchez del Arco, s.f.

Andrés Siravegne, s.f.

TAURINAS

Diálogos Taurinos. Sevilla, ¿1911?

A un incipiente crítico taurino.—A propósito de un libro sobre Belmonte de Antonio de la Villa. Marzo de 1930.

A mi querido amigo, José María Ballesteros, Conde de Colombí. 5 de enero de 1944.

A mi querido amigo don Ángel Carmona «Camisero». 23 de marzo de 1945.

¡Venga ese libro D. Ángel! 24 de marzo de 1945.

A don Ricardo García K-Hito. 5 de enero de 1945.

D. Manuel Mejías. «Bienvenida». Enero de 1945.

DEDICATORIAS

(En verso de su poema «La Cabalgata de los Reyes Magos»).

A mi querido amigo José María Gutiérrez Ballesteros, Conde de Colombí. 5 de enero de 1946.

A don Ricardo García K-Hito. 5 de enero de 1945.

A mi distinguido amigo el Excmo. señor don Ángel González Palencia, Catedrático, Académico de las Reales de la Lengua y de la Historia, s.f.

A mi muy estimado amigo el ilustre Catedrático don Juan Antonio Tamayo, s.f.

Para Antonio Alcalá, s.f.

A mi querido amigo y admirado poeta don José de la Vega Gutiérrez, s.f.

CONTESTACIONES EN VERSO

A don Luis de la Escosura, funcionario de Hacienda en Sevilla. 7 de enero de 1942.

A don Ricardo García K-Hito, director de «Dígame». 16 de enero 1945.

En contestación a una carta de don Ángel Cruz Rueda en la que me da cuenta de la comida con que obsequió en su finca «El Retiro» de Jaén con ocasión de su onomástico día. Agosto de 1946.

Al señor don Antonio Alcalá Venceslada, acusándole recibo de un ejemplar de su nuevo libro «La flor de la Canela» y que tan cariñosamente me dedicó. 18 de febrero de 1947.

Para Luis Muñoz-Cobo, sobre su libro «Viviendo la Copla». 7 de noviembre de 1950.

ELOGIOS

«Champán Invicto», s.f. pero hacia 1952.

FLOREOS

A Maruja de los Ríos.—«Tú eres así». Diciembre de 1929.

A Conchita enviándole una cajita de bombones, 6 de enero de 1933.

Mary-Carmela. Febrero de 1936.

A mi sobrina Maruja (López Caparrós). Agosto de 1937.

A Pilar y Marisa Ponce Vega. Julio de 1938.

A Rafaelita Carrasco Candalija. Julio de 1938.

A Carmencita Infiesta, mi adorable amiguita. Octubre 1939.

A Mary-Carmen. Enero de 1941.

Mary-Gloria. Octubre de 1941.

A Maruja Alcalá de Torres-España. 23 de septiembre de 1943.

A Emilia Fiestas, en una postal. 4 de abril de 1944.

A Emilia Fiestas.—Un piropillo, por si pasa agosto 1944.

A Luisa Menárguez, mi sobrina. Agosto de 1946.

A Marisa Robles, arpista, discípula de Luisa Menárguez. 23 agosto 1947.

Angelines Páez. 7 de septiembre de 1951.

A Purificación Anguita Villar, mi admirada y bella sobrina. 10 de octubre de 1952.

La edición de este sexto
Seminario de Bio-Bibliografía
Giennense «Manuel Caballero Venzalá»,
se terminó de imprimir
en los talleres de Soproargra, S. A.,
de la muy noble, famosa y leal ciudad
de Jaén, guarda y defendimiento de los
reinos de Castilla, el día 8 de marzo
de 2002, festividad de San Juan de Dios,
quien presta su nombre al antiguo
hospital de la Diputación Provincial de Jaén,
en cuyo edificio tiene su sede
el Instituto de Estudios Giennenses.